

Palabras en la diana  
P. Fernando Pascual  
29-8-2010

Hay momentos en los que la vida transcurre en los límites de la normalidad. Nos levantamos, vamos al trabajo, hablamos y leemos la correspondencia, volvemos a casa, dormimos.

De repente, una llamada, un mensaje, una conversación, y la inquietud sacude nuestras almas.

A veces basta una noticia, o una sospecha, o un regaño, o un gesto de desconfianza, o simplemente una despedida brusca, para que todo parezca distinto.

A nuestro alrededor, quizá todo sigue como antes: ni el cielo, ni el clima, ni la comida, ni los familiares han cambiado. Pero un dato, una información, una palabra, han dejado clavado algo en nuestras almas. Estamos inquietos, sentimos quizá miedo, o rabia, o confusión. Las palabras han dado en la diana.

Nuestra psicología está llena de misterios. ¿Cómo es posible que realidades tan frágiles como palabras, como letras en nuestro celular o en la computadora, produzcan en ocasiones tanto desasosiego?

Descubrimos entonces que unas palabras producen resultados serios cuando el significado que transmiten nos afecta con mayor o menor profundidad.

Ser informados de que alguien desconfía de nosotros, o de que la empresa está en una fase de crisis aguda, o de que un amigo ha decidido dejarnos de lado, no nos deja indiferentes. Como tampoco somos indiferentes ante noticias de la propia ciudad o del mundo: ¿es que un atentado espectacular, con cientos o miles de víctimas, puede dejarnos tranquilos?

Entre tantas palabras que corren por el mundo, las que consiguen dar en la diana hacen que salga a la luz lo que realmente nos interesa, lo que quisiéramos conservar más tiempo, lo que nos afecta como miembros de una familia, de un grupo, de un estado, de la humanidad.

Este día llegan a mi alma miles de palabras. Algunas dejarán en mí un misterioso sabor de desconcierto. Otras, gracias a Dios, nos devolverán algo de paz, de optimismo, de alegría, de esperanza.

Entre esas otras palabras (magníficas, bellas) que cambian la vida para bien, que vigorizan el alma, que serenar tempestades, está el anuncio que hace casi 2000 años revolucionó la historia de un grupo de hombres y mujeres asustados. Sí: Cristo no está en el Sepulcro, ha resucitado, está vivo.

Por eso su Evangelio, sus palabras, su presencia, nos protegen de inquietudes malsanas, nos ayudan a superar pruebas dolorosas, y nos lanzan a ver más allá de lo inmediato.

Sabemos, desde entonces, que Dios se ocupa de los hombres. De cada vida, grande o pequeña, joven o teñida de canas. Gracias a unas palabras de Evangelio, que llegan a la diana, tenemos la certeza de ser esperados en el cielo, donde existe un Padre bueno que vela continuamente por cada uno de sus hijos.